



De libros y ratones

MIGUEL ÁNGEL GONZÁLEZ

■ En otros tiempos, cuando la química de los venenos no estaba suficientemente especializada, las trampas para ratones eran instrumentos imprescindibles para salvar los libros de las bibliotecas. Según me contaba don Magín Illana Comín, bibliotecario de la Pontificia Universidad de Salamanca, su primer cometido, al comenzar la jornada y antes de abrir las puertas a los estudiosos, era recorrer, armado con escoba, recogedor y cubo de latón, todos los rincones en los que había 'cargado' la noche anterior los correspondientes cepos con la esperanza de que cumplieran su noble misión.

Cabe decir que las ratas no eran el único peligro de la Biblioteca, pero sí el más grave. La *lepisma saccharina* o 'pececillo de plata', insecto escamoso y fusiforme que actúa con nocturnidad, era también un residente aplicado de la Pontificia, pero su trabajo era más lento y su pequeña raspadura o perforación se acompañaba con un parche en el que un esmerado amanuense reproducía, con diminuta caligrafía, el texto desaparecido. La *lepisma*, por otra parte, sólo proliferaba con temperaturas templadas, circunstancia que no se daba en la biblioteca salmantina que, con su atmósfera gélida, impedía que prosperara el diminuto insecto. Aquel frío antiguo y abacial era el mayor incordio de quienes nos veíamos en la necesidad de acudir al estudio con tabardo y mitones, pero un mal inevitable porque el peligro de fuego desterraba toda clase de estufas y lumbres.

La acción del insecto, en todo caso, quedaba drásticamente minimizada por el bibliotecario que se aplicaba en airear los libros y desempolvar las estanterías, en cuyo caso no era fácil que el pequeño bicho sobreviviera. Lo de las ratas, en cambio, —según el doctor Magín—, a poco que se descuidara el bibliotecario, provocaba un verdadero Apocalipsis. No sólo porque los roedores se multiplicaban de forma exponencial, sino porque resistían cualquier temperatura y, peor aún, el frío les exigía calorías y potenciaba su hambruna libresca. Bien conocida es la frase 'rata de biblioteca', que no sólo dice la querencia del roedor por los archivos, sino la afición del ilustrado que, como las ratas, devora un libro tras otro.

Ciberspacio oceánico

El único defecto de las ratas al confundir la Biblioteca con una despensa es que, siendo analfabetas, no eran selectivas y se zampaban con igual fruición el breviario de un cura desconocido que una antigua edición de Cervantes. Su condición insipiente hacía que su iletrada querencia, afortunadamente, buscara sólo papel. Aunque, eso, sí, la rata —según me explicó el reverendo Magín— sigue también un orden al abordar un mamotreto. De manera parecida al lector que se desayuna un buen prólogo, almuerza un argumento y se cena el epílogo, la rata arranca también por el principio, es decir, por la encuadernación, —cantonerías, guardas, entrenervios, estopillas y cosidos—, sin importarle que la 'cubierta' sea de cartón o pellejo de becerra, para seguir con las pá-



«Bien conocida es la frase 'rata de biblioteca'...»

D. I.

ginas de pergamino o de papel que mordia sin distinguir códices, incunables, miniados, libros litúrgicos o novelones. Y con una voracidad que casa con la velocidad de sus tragaderas. Un volumen, pongamos por caso, de 500 páginas, no le dura a una rata adulta más de diez o doce días, de manera que da cuenta del libro con la celeridad de un lector aplicado.

La relatoría del reverendo Magín me ha hecho pensar que las bibliotecas han cambiado para bien y que hoy ofrecen al lector todas las comodidades, mientras que sus fondos quedan protegidos por sofisticados artilugios que controlan la temperatura y la humedad. Y si todavía usamos guantes al consultar crónicas, no son para evitar los sabañones y el frío medieval de los viejos archivos, sino para

preservar los documentos de la contaminación de nuestras manos. La digitalización de las bibliotecas, por otra parte, hace posible consultar cualquier texto sin acudir a los legajos originales que, a buen recaudo, están a salvo de sus viejos enemigos, humedades, insectos y ratones. Sin embargo, —ironías del destino—, hoy los libros y las bibliotecas siguen teniendo, como en los viejos tiempos, su mayor peligro en otro insaciable ratón, el ratón de ordenador que, por cierto, se multiplica con mayor velocidad que el roedor.

Es muy posible que la babélica biblioteca borgiana, lejos de ser una ficción, sea ya una realidad en ese ciberspacio oceánico —llamémosle Google o de cualquier otro modo—, en cuyas extensiones y profundidades nos perdemos, un universo prodigioso y amenazador que, cual agu-

«La acción del insecto, en todo caso, quedaba drásticamente minimizada por el bibliotecario que se aplicaba en airear los libros y desempolvar las estanterías, en cuyo caso no era fácil que el pequeño bicho sobreviviera»

«El colapso del viejo mundo de la edición parece inevitable y la debacle de la industria musical es sólo un anticipo de la mutación que sufrirá la industria del libro tradicional en la que caerán editoriales, mayoristas, minoristas»

jero negro, devora lo que encuentra a su paso y tiene, como en los cuentos de miedo, un monstruo que se llama Amazon, pero que puede mutar y tener otros nombres.

El caso es que Amazon, el mayor distribuidor de libros del mundo, vende ya más textos electrónicos que de papel y nos anuncia que el invento de Gutenberg cierra su ciclo. El colapso del viejo mundo de la edición parece inevitable y la debacle de la industria musical es sólo un anticipo de la mutación que sufrirá la industria del libro tradicional en la que caerán editoriales, mayoristas, minoristas y distribuidores del libro de papel. Quedarán por un tiempo las numantinas librerías independientes como encomiable movimiento de románticas resistencias, pero también acabarán desapareciendo.

Los lectores descargaremos los textos directamente de la web y el gran problema será —es ya— la nueva vertebración del sector y, por supuesto, solventar su gratuidad. Porque si músicos y escritores no pueden vivir de su trabajo, la oferta se derrumbará. Hay quien aplaude la desaparición de los profesionales de letras y solfas, creyendo que así sólo quedará el autor vocacional, ese que crea como respira, por pura necesidad, pero lo cierto es que nadie sabe a dónde nos llevará la imparable revolución digital que definirá el siglo XXI, un fenómeno fascinante pero también inquietante.

Algunos vivimos ya una inconfesable nostalgia por las librerías de viejo, por las gélidas bibliotecas, incluso por las ratas que, tal vez, eran un peligro menor que Amazon.